UCA
Pontificia Universidad Católica Argentina
Biblioteca digital
de la Universidad Catolica Argentina

Gera, Lucio

Vocación sacerdotal y ministerio teológico

Revista Teología • Tomo L • Nº 111 • Agosto 2013

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.
La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

GERA, Lucio, *Vocación sacerdotal y ministerio teológico* [en línea]. *Teología,* 111 (2013). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/vocacion-sacerdotal-ministerio-teologico.pdf> [Fecha de consulta: …..]

VOCACIÓN SACERDOTAL Y MINISTERIO TEOLÓGICO[1]

Agradezco ante todo las palabras que acaban de expresar Cecilia Avenatti y José C. Caamaño con ocasión de la presentación del segundo tomo de mis *Escritos teológico-pastorales*. Como ustedes podrán apreciar por lo que ellos han dicho, el afecto puede encarecer las bondades del amigo.

Por mi parte, si me conceden hablar veinte minutos a media hora, deseo indicar el contexto de mi vida en el que han surgido y se han asentado estos escritos originariamente dispersos a lo largo de unos cincuenta años, y que han sido reunidos en este libro que hoy presentamos. Algo así como lo que los alemanes denominan el *Sitz im Leben*, la dimensión vital de la que han surgido.

Mi inclinación a la teología surgió y se desarrolló en el seno de mi vocación al sacerdocio. Tal vez piensen algunos que no podría haber sido de otra manera, por ser la teología una tarea propia de la profesión sacerdotal. Pero no es así; la inclinación y dedicación a la teología pueden surgir con todo derecho de la condición laica de un cristiano, como lo constatamos hoy en día. Y es deseable que ello ocurra, para que el pensar y decir teológicos no surjan y se desarrollen exclusivamente desde la experiencia propia del clérigo, sino también

1. Intervención pronunciada por Lucio Gera (1924-2012) en la Presentación del tomo segundo y de la obra completa de los *Escritos teológico-pastorales,* que tuvo lugar en el Aula Magna de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina (Buenos Aires), el 13 de agosto de 2007. Publicada en la revista *Pastores* 40 (2007) 80-84 con este título y subtítulo.

desde la percepción de la vida propia del laico, como ser la experiencia de la propia paternidad o maternidad, del ejercicio del trabajo humano, del compromiso político, de su particular profesión.

Mi inclinación a la teología surgió y se desarrolló como una semilla depositada en el surco de una determinada forma de la profesión sacerdotal, la propia del clero diocesano, cuyos miembros, en esta Arquidiócesis, asumen normalmente el ejercicio de una pastoral propia de la parroquia.

[1] Ingresé en el Seminario a la edad de doce años –en la década del 30– y allí transcurrí doce años hasta que fui ordenado sacerdote. Obviamente no puedo decir que desde el comienzo, desde los doce años, tenía yo clara y decidida mi vocación. Uno comienza tanteando caminos por donde puede ir la vida. Con razón la Iglesia habla de la "semilla" de vocación sacerdotal que Dios puede sembrar en los niños, pero esta semilla es irreconocible hasta que no se comienza a desplegar permitiendo tomar conciencia del dinamismo y horizonte que la orienta, mostrando, con suficiente claridad, de qué se trata.

Esta toma de conciencia, y el proceso de libre decisión por lo que surge con suficiente claridad como vocación al sacerdocio, se han prolongado por años. En ese período del Seminario, ¿cómo he ido reconociendo y expresándome a mí mismo la conciencia de mi vocación al sacerdocio?

En la medida que yo puedo reconstruir este proceso, me parece que en su génesis ha intervenido la experiencia vivida en el medio familiar y social de mi infancia. Se trataba de un medio familiar y social más inmediato, compuesto por inmigrantes italianos. En dicho medio, se me transmitieron la fe cristiana y valores religiosos fundamentales. Pero, por otra parte, los integrantes de ese medio, varones y mujeres, se veían constreñidos a concentrar su atención y a emplear todas sus fuerzas y su tiempo en la búsqueda de vivienda y de trabajo, en la dedicación de las horas del día a uno o varios trabajos que le permitieran reconstruir su vida lejos de su patria de origen y sostener una familia. Al recordarlo, me viene a la memoria la mención de las semillas que, arrojadas por el sembrador caen entre abrojos, los cuales, al crecer, las ahogan y no les permiten desarrollarse: "las preocupaciones del mundo ahogan la Palabra", explicaba Jesús (Mt 13, 22). Este medio

social –en el que yo crecí desde mis cuatro años– era indudablemente religioso, pero Dios quedaba como oculto y silenciado tras la preocupación por el pan cotidiano, vivida en el transcurrir de días fatigosos. Se hablaba del trabajo, de los clientes, de la vivienda, aun de la escuela de los niños, pero en la escuela laica –la única a la que podían enviarme mis padres– tampoco se hablaba de Dios. Desde luego, el silencio acerca de Dios delataba un nivel de ausencia del mismo.

Durante mi estadía en el Seminario yo buscaba formular mi vocación. En un momento dado me dije que no estaría falto de sentido dedicar la vida a que Dios estuviera más presente en el vivir cotidiano de las familias, de los hombres; a que en el olvido se hiciera memoria de Él; que en el silencio se hablara de Dios. La idea de "hablar de Dios" no tenía desde el comienzo contenidos determinados; más bien el contenido muy genérico de que mi opción por el sacerdocio y mi presencia como sacerdote en el medio social que me correspondiera, hablarían por sí solas. Pero ahora, a esta altura de mi vida, pienso que aquella formulación elemental de mi vocación sacerdotal contenía como una semilla, secretamente, mi inclinación a la teología, que habría de ir surgiendo paulatinamente.

En mis tiempos de seminarista, los cuatro años de estudio de la teología estaban netamente separados de los tres anteriores, dedicados a la filosofía. Mi aprendizaje de filosofía, de 1941 a 1943, fue muy pobre, cosa que lamenté toda mi vida hasta hoy. Por una parte, me costó el salto de los estudios de letras a los de filosofía; por otra parte, el nivel pedagógico de mis profesores era deficiente y, por otra, no disponíamos de material didáctico y medios bibliográficos suficientes; el tiempo de guerra impedía que llegaran al país publicaciones europeas actualizadas.

Por el contrario, me sentí muy inclinado a los estudios de teología, lo cual me permitió también recuperar algo de mis estudios de filosofía, cubriendo baches que había dejado atrás. Pude también comenzar a lanzar algunos puentes entre algunas obras de literatura y diversos temas teológicos. Entre otros, la lectura de Dostowieski añadió un claro entusiasmo hacia la teología. Llegó por fin el día de mi Ordenación sacerdotal y el fin de vida de seminarista, en setiembre de 1947.

[2] Había ingresado en el Seminario a los doce años y concluí allí el período de mi formación después de transcurridos doce años.

En aquel tiempo, la vida en el Seminario se ajustaba a una disciplina muy estricta. Podíamos salir solamente dos días durante el tiempo escolar y diez o quince días en vacaciones. Como se ve, la experiencia que podía recoger un adolescente de un medio familiar y social habitual, era muy limitada.

A lo largo de los doce años los seminaristas no desarrollaban ninguna actividad de tipo apostólico o pastoral; no tenían contacto con algún ambiente parroquial o escolar. En mi vida de Seminario no me enseñaron prácticamente cómo dar una Unción, como realizar un Bautismo, como redactar un Expediente matrimonial. Se suponía que esto se aprendería en la Parroquia. Y no se trataba solo del aprendizaje ritual o litúrgico, sino de un aprendizaje social-pastoral que nos habilitara para dialogar con quienes venían a solicitar un Bautismo, un Matrimonio, una Unción.

Con esta falta de experiencia y con tan poco probada capacidad práctica o pastoral fui destinado como Teniente-Cura a la Parroquia de San Bartolomé, al Sur de la ciudad. Entré en ella un 31 de diciembre. Al día siguiente el párroco se ausentó para tomar sus vacaciones y quedé al cargo de la Parroquia durante el mes de enero. Yo no había aún cumplido mis 24 años.

Fueron mis primeras experiencias pastorales, de las que estoy muy agradecido. La Parroquia estaba encargada de atender al Hospital Pena. Uno de los primeros días me llamaron de ese hospital para atender a un moribundo. Cuando llegué me enviaron a la morgue. Se trataba de un suicida, recién fallecido. Allí estaba su cuerpo desnudo, con la señal de una bala que había atravesado su pecho. Al tocarlo sentí que estaba todavía algo cálido y le administré la Unción. Yo tenía veinte tres años y nunca había visto aún a un muerto: no habían acontecido aún defunciones en mi familia y yo no había sido precisamente un estudiante de medicina que manejara cuerpos muertos casi desde su adolescencia. Esa primera vez la muerte se me mostró de una manera bastante impiadosa. Con pocos días de distancia, fui llamado otra vez al hospital. La enfermera me indicó una cama situada en la mitad de una gran sala de hospital, en la que estaba postrado un hombre ya moribundo. Me acerqué y al girar él su cabeza y verme, vestido de sotana, al lado de su cama, me dijo, sin más explicaciones: "¡Váyase a la mierda!"; desde la esquina de la sala otro enfermo me gritó: "Padre,

déjelo... ¡Es un perro!" También entonces, por segunda vez, la muerte se me mostró en un contorno bastante impiadoso.

En esos días administré algunos bautismos. Era hermoso ver que en este mundo también surgía la vida. Por otra parte, el Cura párroco me había encargado que me dedicara a atender sobre todo a la juventud. Se trataba de jóvenes obreros más bien que estudiantes; de muchachos y chicas que transitaban por su período de noviazgo, y a través de mis charlas con ellos me llegaban los altibajos en su experiencia del amor, del amor que llega a expresarse en abrazo sexual a través del cual brota nueva vida.

En ese mismo primer mes de mi vida parroquial sobrevino un episodio que reunió varias experiencias. Por teléfono llamaron a la Parroquia desde una casa del barrio en la que había fallecido un familiar, pidiendo que un sacerdote se hiciera presente. Recuerdo algo confusamente el lugar, al que había que acceder entrando por la calle Boedo y Metán, hasta una típica casa del barrio Sur: una larga casa, a lo largo de la cual habitaban probablemente varias familias. El largo patio de la casa estaba repleto de gente. Apenas cruzado el umbral de la casa, a poco de internarme unos metros en ella, veo que una mujer se abre paso entre la gente y viene hacia mí, clamando entre lágrimas: "Este es el padre que hace poco bautizó a mi hijo y que ahora viene a darle la bendición final de muerto"; y se arrojó contra mi pecho, llorando. Fue la primera vez que sentí en el abrazo de esa mujer, el desconsuelo de una madre ("Raquel que llora a sus hijos y no se quiere consolar", Mt 2,18). En este episodio se me reunieron algunas experiencias de mi primer mes: la muerte, la vida, el amor, el desconsuelo. La incontenible alegría del amor y de la vida, y la tristeza sin límites del desconsuelo por el hijo perdido.

Durante ese primer mes de mi vida pastoral comenzó también mi experiencia como confesor. Al estar ausente el párroco y quedar yo como único sacerdote que podía atender a las confesiones de los fieles, mi confesionario se vio algo abarrotado de gente. Y, más allá de ese primer mes de enero, al acercarse la Cuaresma y la Semana Santa se acrecentaba el número de penitentes que solicitaban confesarse. Desde luego, bien sabía yo que hay pecados comunes y cotidianos, y que yo también debía presentar mi propia conducta ante un confesor. Entre otras, un confesor debe tener la disposición a no escandalizarse de cualquier cosa que oiga.

Sin embargo, que al comienzo de mi práctica pastoral de sacerdote, en un tiempo relativamente corto, entre enero y la Semana Santa, haya yo escuchado narrarme –o, en algunos casos, "susurrarme" rápidamente– una amplia gama de los pecados que se cometen en el mundo, me emocionó de tal forma que espontáneamente pensé en el "Viernes Santo". Y no pensaba entonces que aquel era el día en que se han perdonado los pecados del mundo, sino que más bien me interrogaba por la eficacia de esa muerte: ¿en qué quedó el Viernes Santo? También los Apóstoles quedaron desconcertados ante el Viernes Santo.

Mi primer tiempo de experiencia pastoral me concentraba en las variables constantes del acontecer humano: la muerte, el amor, la vida, el pecado: ¿cuál es el sentido de todo esto? Mi experiencia pastoral "me daba a pensar".

De este modo, desde mis experiencias pastorales como sacerdote, surgía o se confirmaba la inclinación a pensar en el horizonte de la fe. En el seno de mi experiencia pastoral se insinuaba una inclinación al pensar teológico. En aquellos primeros tiempos hacía algunas lecturas, tomaba algunos apuntes, buscaba redactar algunas sugerencias de mi reflexión sobre el amor y el matrimonio, sobre la interpretación de la muerte en diversas culturas, en cuadernos que prestaba a algunos amigos y que acabaron por perderse. No eran escritos de importancia. Sólo eran comienzos, que buscaban encontrar una síntesis entre tantas realidades dispersas y aún adversas, que me salían al paso en mi vida sacerdotal. Me faltaba madurar mucho para percibir que las síntesis definitorias se expresan en forma de paradojas, como aquella de que nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos, o la paradoja de que la cruz de Cristo clavada en el centro de esta historia es la que sostiene la historia de no caer en el vacío.

Además de la realidad pastoral en la que ejercía mi ministerio, también algunas obras de literatura me daban a pensar y fomentaban mi inclinación a la teología. A raíz de lo cual escribí y publiqué algún artículo en revistas de esa época, que no ha sido incluido en el libro que hoy presentamos.

De este primer período de mi vida sacerdotal – cuatro años, desde 1948 a 1952–, conservé un sentimiento de armonía –no exenta de tensiones– entre mi inclinación a la tarea pastoral y a la reflexión teo-

lógica. Pero no me correspondía a mí inclinar la balanza hacia uno u otro lado.

[3] No me costaron un gran esfuerzo –una especie de esfuerzo inaudito– los cambios o las situaciones que hube de enfrentar en mi vida. No experimenté como una especie de inmolación el decidirme a ser sacerdote. La mujer es muy hermosa y el atractivo que ella ejercía sobre mí fue muy intenso; no podía dejar de sentir su llamado; pero pude asumir en paz mi celibato, que sin duda no dejaba de situarme en un frente de lucha. Los cambios de una parroquia a otra –tres parroquias en el tiempo de cuatro años– no me molestaron. Cuando llegó el momento de dejar la práctica pastoral y viajar a Europa para estudiar y obtener mis títulos académicos, no lo experimenté con inquietud y lo asumí con alegría. En Europa –Roma, Italia, y Bonn, Alemania– permanecí durante cuatro años y medio, de 1952 a 1956.

Mi viaje y estadía en Europa para obtener los títulos académicos se debió a un plan de los Padres jesuitas, que proyectaban dejar la dirección del Seminario de Buenos Aires y de la Facultad de Teología, para lo cual debían dejar preparados a algunos profesores.

No es éste el lugar ni el momento para hablar de las condiciones de mi vida en Europa. Fui puesto a prueba por la soledad y la penuria de dinero, pero ambos factores colaboraron para fortalecerme en mi condición de sacerdote.

Me dediqué con gozo e intensidad al estudio, pero padecí un intenso extrañamiento de mi actividad pastoral. Roma estaba llena de sacerdotes venidos de todas las partes del mundo y era inútil esperar que alguien lo viniera a buscar a uno para que predicara, o ayudara en el confesionario o en alguna otra tarea pastoral. En Alemania ocurría algo semejante, además del condicionamiento que implicaba una lengua que tuve que comenzar a aprender apenas llegado a ese país.

Entonces me apercibí de que mis reflexiones teológicas, durante los años vividos en el ejercicio de la actividad pastoral en Buenos Aires, me inclinaban hacia la meditación y lectura de temas antropológicos –el amor, la muerte– o cristológicos –Viernes santo. En cambio, el tema para la tesis doctoral que me presentó mi Director, se orientaba más bien –a partir del tema teológico sobre la transubstanciación eucarística– hacia la filosofía de la naturaleza –la concepción de la

materia–, por la cual yo no sentía la misma inclinación que hacia temas antropológicos.

Hoy en día, mirando hacia atrás, percibo mejor la importancia de esa investigación sobre la concepción de la materia en teólogos medievales precursores de Galileo. Pero, en fin, concluí mi tarea; no fue una gran tesis pero fue aceptada sin regateo por el tribunal académico, aprobada simplemente *cum laude*. Pero, a pesar de los deseos de mi Director, J. Auer, no publiqué mi tesis.

[4] A mediados de 1956 volví a Argentina. El año anterior había ocurrido la caída de Juan D. Perón y a partir de entonces estaban en el Gobierno los militares. A mi regreso volví a conectarme con el grupo de Asesores de la Juventud Obrera Católica (JOC), y, a través de ellos, con la realidad del mundo del trabajo. Algunos artículos publicados entonces en la revista *Pastoral Jocista* han sido reeditados en el libro que estamos presentando.

A partir de mi regreso de Europa retomé mi actividad pastoral como capellán de colegios –tres sucesivos a lo largo de unos tres años– y luego ayudando en diversas parroquias los fines de semana. Simultáneamente en 1957 fui nombrado profesor de Teología dogmática en la Facultad de Teología de Buenos Aires y primer Director de Estudios del clero diocesano. Obviamente, mi estudio y enseñanza teológica proporcionaban su luz y sentido a la actividad pastoral; a su vez, la actividad pastoral daba a pensar en niveles teológicos y aportaba su propia vitalidad y dramaticidad al estudio y la enseñanza teológica.

A la vez que teología y pastoral se ayudaban y enriquecían mutuamente, requerían, cada una de ellas, su tiempo de dedicación. Lo cual creaba obviamente una tensión interna en mi ánimo. En algunas circunstancias estas tensiones acarrearon sus correspondientes fantasías: la de entregarme de lleno a la actividad pastoral, aún asumiendo la responsabilidad de una parroquia en Buenos Aires y abandonando la enseñanza teológica; o bien, la de retirarme, fuera de la ciudad, para dedicarme al estudio y la enseñanza sin el compromiso de atender habitualmente a tareas pastorales. Pero el rumbo que tomó la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II se encargó de determinar cuál era mi lugar.

Por una parte, debí continuar mi enseñanza en la Facultad de Teología, la cual –dados los cambios de autoridad y de estructura, y los

aportes teológicos del Concilio y de los teólogos– exigía más dedicación, más estudio personal, más tiempo; por otra parte, traté de mantener algunos espacios de tiempo dedicados al trato pastoral directo con personas, grupos o comunidades de diversa índole.

En realidad, el Concilio Vaticano II y el consecuente esfuerzo de renovación, salió al paso de mis tendencias algo dispares, ayudándome a unificarlas de alguna manera en mi vida de sacerdote. Por una parte Juan XXIII indicaba que la exposición doctrinal (teología) del Concilio debería tener una finalidad pastoral; la mejor y breve explicación abreviada de este propósito del Papa la encontramos en la nota al título de la Constitución pastoral *Gaudium et spes,* Constitución que nos ofrece un hermoso modelo de cómo realizar una reflexión teológico-pastoral. Por otra parte, en el período posterior al Concilio participé en Comisiones teológico-pastorales –como la Comisión Episcopal de Pastoral argentina (COEPAL) y el Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del CELAM a nivel latinoamericano–, así como en las Conferencias episcopales de Medellín (1968) y Puebla (1979), que me situaron en un medio favorable a la práctica de una reflexión que debía unir teología y pastoral. Se trataba entonces de analizar la real situación histórica de nuestro país y de América Latina, y desde allí fundamentar teológicamente las orientaciones pastorales correspondientes.

A este período conciliar y postconciliar pertenecen la mayor parte de los textos publicados en los dos volúmenes que hoy acabamos de presentar. Aquí se publican sólo los textos que yo mismo he escrito antes o después de exposiciones orales, o que preparé para ser publicados en revistas y libros. No se trata de textos por así decir "continuos", sino cronológica y temáticamente dispersos. En algunos pertenecientes a la última década aparecen reflexiones propias de mi anciana edad.

No dejo una obra teológica de envergadura. No he puesto por escrito ninguno de los cursos que dicté en la Facultad de Teología. Sé muy bien que quedo en deuda. Había pensado que –al pasar a ser profesor emérito– dispondría de tiempo suficiente para redactar un texto sobre Eclesiología, cuyo proyecto ya había comenzado a bosquejar. Pero mi estado de salud y el consecuente aislamiento ya no me dejaron fuerzas para ello.

Ya mi vista no me deja leer todo lo que quisiera; mis oídos no me

dejan escuchar con suficiente claridad a los demás, inclusive a penitentes que vienen a confesarse; pero mi pensar retorna a los viejos temas del comienzo: la muerte, el amor, la vida, la cruz de Cristo que reúne en sí las mayores paradojas del misterio de Dios y del hombre. Cristo en la cruz enlaza el amor con la muerte para dar vida. La Cruz de Cristo es la alegría del mundo.

LUCIO GERA